

Vector latinoamericano en los marcos del posicionamiento internacional de Rusia

Latin American Vector within International Positioning of Russia

Vladimir Davydov

Director académico del Instituto de Latinoamérica
de la Academia de Ciencias de Rusia (ILA-ACR)
davydov@ilaran.ru



Resumen:

El enfoque básico del artículo está relacionado con la percepción de Rusia como nuevo protagonista en el escenario internacional y con la tradición milenaria en su calidad de Estado-nación y actor influyente en las relaciones internacionales. Se postula al mismo tiempo que Latinoamérica adquiere un peso creciente en la arena internacional, lo que tiene un efecto positivo y estabilizador en la medida en que estos países están desempeñando un papel de sujeto activo. En Moscú eso se entiende y se aprecia. Para la Rusia de hoy, Latinoamérica representa un factor de posibilidades alternativas y un punto de apoyo estratégico en el posicionamiento internacional.



Abstract:

The main focus of the article is related with a perception of Russia as a new actor on the modern international stage and at the same time as an influential nation-state with a millennia-old tradition. It is stated that Latin America is getting major weight in the international arena and it has positive effect as these countries are changing their position to the role of an active subject. This fact is highly appreciated in Russia. Today Latin America represents for Russia a factor of alternative possibilities and a point of strategic support for Russian presence on the global stage.



Palabras clave:

Rusia, posicionamiento internacional, Latinoamérica, cooperación económica.



Key Words:

Russia, international positioning, Latin America, economic cooperation.

Vector latinoamericano en los marcos del posicionamiento internacional de Rusia

Vladimir Davydov

El actual Estado ruso es un protagonista relativamente joven en el escenario internacional, que cuenta, a la vez, con una historia milenaria. Por eso combina de manera *sui generis* los rasgos de modernidad con aquellos que han recorrido los siglos. En todos los sentidos se trata de un actor sumamente importante que tiene acceso a la regulación global, gran influencia geopolítica, posee un mercado interno de envergadura, cuenta con un acervo científico y tecnológico considerable, dispone de capital humano de categoría, así como un potencial militar comparable con el poderío bélico estadounidense.

Para comentar el posicionamiento de Rusia en la arena internacional y su presencia en Latinoamérica es indispensable tener en cuenta la significativa evolución del contexto global y del clima internacional imperante. Ante todo hay que destacar que la comunidad internacional entró en un periodo de transición generalizada y sistémica, impulsado por el cambio del paradigma tecnológico dominante. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) califica esta transición como “cambio de época”. Este periodo acentúa el desarrollo desigual a favor de nuevos centros de la economía mundial. El orden bipolar pasó a la historia y después también el orden unipolar, que tuvo corta duración. En el contexto de esta transición, comenzó a estructurarse el orden multipolar, pero con muchos vaivenes, con tensiones que llevaron a confrontaciones al estilo de una renovada guerra fría, a tal punto que lleva a pensar, a veces, en una suerte de *hot peace*. Por fortuna las relaciones

ruso-latinoamericanas no se encuentran en este supuesto, aunque éste tiene que ver con las relaciones de Rusia (y ahora China) con el Occidente colectivo. Si bien de manera indirecta, por desgracia, la confrontación ya señalada ha influido de una u otra forma en el clima de la colaboración de Rusia con los países de la región. Por eso se requieren esfuerzos mutuos para protegerla.

Antecedentes lejanos y cercanos

Rusia comenzó a insertarse y a predominar en la escena política internacional a partir del reinado de Pedro el Grande; es decir, al comenzar el siglo XVIII. Después, especialmente en los tiempos de la emperatriz Catalina II (segunda mitad del mismo siglo), la política exterior se consolidó y adquirió un carácter multidimensional, como corresponde al estatus de una gran potencia. Al finalizar las Guerras Napoleónicas se convocó el Congreso de Viena, en el que Rusia adquirió un papel protagónico y acumuló un peso de primer orden en las políticas europeas. Al mismo tiempo, la visión estratégica de corte imperial sobrepasó los marcos europeos y hasta los asiáticos. La cúpula gobernante y la sociedad educada rusa comenzaron a darse cuenta de que en el Nuevo Mundo, el hemisferio occidental estaba sumergido en guerras de independencia.

Rusia estuvo muy presente en las Américas, pues poseía el territorio de Alaska¹ y compartía *de facto* frontera con Nueva España y, sucesivamente, con México en la costa del Pacífico cerca del Fuerte Ruso. Así fue antes de la guerra que Estados Unidos desencadenó en contra de México (1846-1848). Esta guerra, que por una parte causó una enorme expropiación y, por otra, una enorme expansión territorial, se convirtió en una condición clave para el ascenso de Estados Unidos hasta la cúpula de la jerarquía mundial.

A partir del siglo XIX, el gobierno imperial ruso comenzó a tomar en serio los acontecimientos en el Nuevo Mundo y a tender puentes

¹ Alaska perteneció a Rusia hasta 1867 cuando, después de la transacción de compra, pasa a formar parte de la comunidad estadounidense.

de relaciones diplomáticas. Es lógico que como primer paso se escogiera a Brasil, como señal de la preferencia de San Petersburgo por el poder monárquico en el mar republicano que llenó el espacio político de Latinoamérica en aquel entonces. Así, en 1828, Rusia reconoció el Imperio de Brasil. Después estableció vínculos oficiales con Argentina (1885), Uruguay (1887) y México (1890). Al finalizar el turbulento siglo XIX, Rusia ya tenía lazos oficiales con varios países de la región, aunque económicamente la conexión con Rusia era esporádica y, en algunos casos, Argentina y Uruguay, se convirtieron en competidores de exportadores rusos en el mercado mundial de alimentos.

En el cruce de los siglos XIX y XX, la inmigración llevó a millones de hombres y mujeres a Argentina y Uruguay. Muchos provenían del Imperio ruso, como consecuencia de turbulencias políticas y perturbaciones económicas. De esa manera se establecieron vínculos demográficos que aportaron considerablemente al acervo económico y cultural de los países receptores. Otra ola migratoria con más destinos llegó a Latinoamérica a consecuencia de los sucesos revolucionarios de 1917.

Las relaciones con México se establecieron oficialmente en vísperas de la gran conmoción histórica que hubo en este país. Los acontecimientos revolucionarios, primero en México y después en Rusia, crearon un espíritu de mayor entendimiento en la opinión pública de ambos países, lo que favoreció el surgimiento de un clima propicio para el establecimiento de relaciones diplomáticas de México con el nuevo Estado soviético (1924). Los motivos revolucionarios jugaron un papel significativo en el diálogo espiritual entre las dos elites culturales. Sin embargo, el ámbito de la ideología y la política es otra cosa, y paso a paso en la región latinoamericana comenzó a sentirse la hostilidad hacia el Estado soviético por parte de la derecha en el poder, patrocinada por ciertos protagonistas de fuera.

La Segunda Guerra Mundial —durante la cual la Unión Soviética se convirtió en la víctima más grande de la agresión nazifascista para después resurgir como el principal vencedor de la misma— marcó un cambio sustancial en las actitudes que se manifestaban en Latinoamérica. Las simpatías y la solidaridad humana favorecieron el establecimiento o restablecimiento de relaciones diplomáticas (y a la medida de la existencia de intereses prácticos, esto es, relaciones comerciales). El enfriamiento político y después las hostilidades de la Guerra Fría entre el Occidente,

encabezado por Estados Unidos y Reino Unido, por una parte, y la URSS con sus aliados, por la otra, repercutieron en Latinoamérica en mayor o menor medida. Esta situación se alimentó de los excesos del macartismo, de un lado, y de la intransigencia del estalinismo, del otro.

La distensión en el marco de la Guerra Fría empezó a dar sus primeros frutos en la política exterior soviética en la segunda mitad de los años cincuenta. Eso sucedió después del Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la URSS, que inició el proceso de desestalinización. Poco a poco fue disminuyendo el peso del ideario radical asociado con el concepto de *revolución mundial* o con la filosofía mesiánica en la actuación del Estado soviético en la arena internacional. Esto se confirmó parcialmente en el caso de Cuba que, tras el triunfo revolucionario, optó por la asociación con los países socialistas. Este giro y la crisis de los misiles en Cuba de 1962 tuvieron dos consecuencias básicas. Estados Unidos se dio cuenta de que no se puede contener la voluntad de los pueblos vecinos en pro de su autodeterminación real y que existen límites a su hegemonía en el hemisferio occidental. Desde el punto de vista estratégico, ya en ese tiempo la paridad de misiles nucleares comenzaba a jugar un papel amortiguador en la correlación de fuerzas de las dos superpotencias. Con esa condición resumen su análisis los eminentes historiadores Aleksandr Fursenko, ruso, y Timothy Naftali, estadounidense, coautores del libro *“One Hell of a Gamble”*.² Además, estos autores constatan que la política de La Habana mantenía su autonomía y en varias situaciones no coincidía con las posturas soviéticas.

Los últimos tres decenios de la URSS mostraron la combinación de actitud misionaria con cierto pragmatismo que priorizaba los objetivos habituales de promover las exportaciones de bienes y servicios en los mercados latinoamericanos. En aquel tiempo Moscú intentaba moderar el radicalismo de los dirigentes cubanos en su apoyo a los movimientos insurgentes del tercer mundo, incluso en varios países de América Latina.

El pragmatismo de la política exterior soviética se expresó manteniendo una colaboración económica con los países donde se establecieron regímenes militares de derecha, como fue el caso de Brasil en el periodo

² Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *“One Hell of a Gamble”*. *Khrushchev, Castro and Kennedy 1958-1964*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1997.

1964-1985. Pero no en todos los casos de este tipo actuó de igual manera. Hay que destacar la posición firme de la URSS, que rompió relaciones con Chile cuando se estableció el gobierno golpista dictatorial de Augusto Pinochet. Esta posición soviética fue consecutivamente intransigente hasta que se restableció el orden democrático. Moscú implementó todos los medios para desenmascarar la política represiva de las dictaduras derechistas, apoyando a sus víctimas.

Como es bien sabido, en la segunda mitad de los años ochenta, en la URSS comenzó la modificación generalizada de la política del partido en el poder y, respectivamente, la del gobierno soviético. La denominada *perestroika* (reestructuración) llevó a una apertura poco ordenada hacia Occidente. En plena erosión progresiva de su sistema político y económico, la URSS proclamó (con base en una “nueva mentalidad”) el fin de la Guerra Fría, y los procesos de erosión no controlable condujeron a la desintegración. Surgió la Federación de Rusia, que aceptó la liquidación del Pacto de Varsovia, antípoda de la OTAN, y retiró el ejército heredado de los tiempos soviéticos de sus posiciones en Alemania Oriental y varios países exmiembros del campo socialista.

Como subrayó Andrei Grachev, exconsejero del presidente de la URSS —primero y último—:

Junto con la desintegración de la URSS se derrumbaron las esperanzas del iniciador de la *perestroika* soviética, Mijaíl Gorbachov, en el triunfo del “nuevo pensamiento político” en el mundo [...]. Al mundo bipolar sucedió un mundo monopolar, y a la estabilidad artificial del sistema Yalta-Potsdam y al empate nuclear mundial, la activación de los conflictos regionales e interétnicos y de las guerras religiosas.³

En relación con la situación postsoviética Grachev comenta:

La conducta de la Rusia postsoviética en la arena mundial ha desconcertado a veces a sus socios. Se daban casos en los que el país

³ Andrei Grachev, “Rusia, entre Oriente y Occidente. La exsuperpotencia en busca de su política exterior”, en Antonio Colomer Viadel y Carlos Flores Juberías (coords.), *Rusia, en vísperas de su futuro*, Valencia, Universitat de València, 2002, p. 211.

seguía la estela de otros como si hubiera perdido el interés en la política internacional, sin expresar su opinión acerca de los problemas más importantes, aunque eso no se justificara y fuera extremadamente necesario expresar tales opiniones, mientras que en otros casos el país parecía seguir diferentes direcciones al mismo tiempo.⁴

Y para resumir argumenta: “Sería útil recordar todo eso por lo menos para valorar la herencia política dejada por Yeltsin a su sucesor Vladimir Putin, y el contexto político dentro del cual este último ha tenido que forjar su política exterior”.⁵

La política internacional de la nueva Rusia en la primera mitad de los años noventa se asociaba con el nombre del canciller Andrei Kozhyrev. En la actualidad, los críticos de esta orientación consideran que fue un ejemplo de claro entreguismo. La política externa rusa de aquel entonces fue mero espejo del régimen creado por Boris Yeltsin y su equipo. Cabe preguntarse de qué se trataba, pues resulta que el neoliberalismo vulgar aplicado en los años noventa destruye la economía, achica al Estado y su capacidad de actuar como promotor del desarrollo económico, social y tecnológico.

Todo esto, por supuesto, se manifestó en el ámbito latinoamericano. Rusia perdió el estatus adquirido por la URSS. Esto se entiende si se tiene en cuenta el cambio en el tamaño y en el potencial del país; sin embargo, la presencia de Rusia en Latinoamérica disminuyó además por otras razones que estuvieron vinculadas con la negligencia de la vertiente latinoamericana mientras se asentaba la orientación prooccidental. Rusia abandonó las posiciones anteriores en Europa Central y del Este. Al mismo tiempo abandonó sorpresivamente el amplio frente de colaboración con Cuba, dejando a la isla en una situación muy crítica. En general, los costos del “tránsito” hacia otro sistema económico y sociopolítico eran extraordinarios, incluso en la reorientación de la política externa que comprendía la presencia de Rusia en América Latina.

⁴ *Ibid.*, p. 212.

⁵ *Idem.*

Renovando el diálogo político-diplomático

El primer paso hacia el restablecimiento del estatus de relaciones con los países de la región lo dio Eugenio Primakov al ser designado canciller en 1996. Comenzó a actuar a partir de la frustración, predominante en la opinión pública del país, como fruto del balance del “tránsito”. En 1997 Primakov emprendió una larga gira por América Latina y visitó México, Brasil, Colombia, Argentina, entre otros. En Costa Rica se reunió con todos los cancilleres de la subregión. Por primera vez, en los documentos bilaterales apareció la fórmula de “colaboración estratégica”.⁶

Vale la pena mencionar que, durante su actividad en la cancillería, Primakov promulgó la idea de una troika, esto es, la idea de una colaboración estratégica entre India, China y Rusia, teniendo en cuenta los nuevos imperativos y las bases del apoyo internacional, y asumiendo las consecuencias de la desintegración de la Unión Soviética, que Putin calificó como catástrofe histórica. La nueva orientación marcada por Primakov fue confirmada cuando pasó a ocupar el puesto de primer ministro después de la suspensión de pagos durante la crisis financiera rusa de 1998. Por recomendación suya, el puesto de ministro de asuntos exteriores fue ocupado por su discípulo, Igor Ivanov, diplomático hispanoparlante, conocedor de la problemática latinoamericana y española.

La línea de Primakov en la diplomacia rusa se acentúa, incluso en su vertiente latinoamericana. A esto favoreció el profesionalismo y la dedicación de los diplomáticos latinoamericanistas. Como resultado, se conservó el grueso de la infraestructura de representación del Estado ruso en Latinoamérica, pero no sólo se conservó, sino se amplió, especialmente en Centroamérica y el Caribe. En la actualidad, en Latinoamérica funcionan 18 embajadas y tres consulados generales; además, en 15 países hay embajadores rusos concurrentes. A su vez, en Moscú hay 20 embajadas de Estados latinoamericanos y caribeños, y cinco países tienen embajadores concurrentes.

En la medida en que la política externa refleja la situación, y la política interna, el cambio de rumbo con la entrada de Putin al despacho presiden-

⁶ Apareció en el acuerdo marco intergubernamental ruso-brasileño firmado durante el mandato presidencial de Fernando Henrique Cardoso.

cial en el Kremlin, se dan, forzosamente, repercusiones en la percepción rusa de América Latina. Putin llega con el mensaje de que urge reestablecer las potencialidades del Estado ruso; de su capacidad en la toma de decisiones estratégicas. Se pronuncia a favor de una equidistancia del Estado en sus relaciones con los así llamados *oligarcas* o, mejor dicho, con los clanes del poderío económico; es decir, trata de detener los intereses privados particulares que actúan en detrimento del interés nacional.

Esa postura, fortalecida durante los primeros años de la gestión de Putin y su equipo, estabiliza la vida política del país y al mismo tiempo orienta el rumbo de la diplomacia rusa que se consolida con base en los intereses propios de Rusia como potencia. La diplomacia rusa se hace más crítica refiriéndose a la conducta de los líderes del Occidente, más creativa en el planteamiento de sus propuestas y posiciones referentes a la agenda básica internacional. Tal característica se asocia con el nombre de Sergéi Lavrov, canciller desde 2004.

A pesar de las turbulencias y las confrontaciones que hoy predominan en el ámbito internacional, las relaciones ruso-latinoamericanas se caracterizan en general por el entendimiento mutuo y por los resultados positivos adquiridos en la colaboración bilateral, en su mayoría satisfactorios para ambas partes.

Con casi todos los socios de la región se mantiene actualmente un diálogo respetuoso, que abarca no sólo la temática bilateral, sino también una amplia agenda de significado internacional. En este sentido, la posición rusa del principio que presupone involucrar a los países de la región en la discusión y en la solución de la problemática central en la escena mundial se traduce en apoyar en Latinoamérica la tendencia a aumentar los esfuerzos propios para superar el papel de “objeto” de las relaciones internacionales para convertirse en sujetos activos del escenario internacional.

El campo de coincidencias en las relaciones ruso-latinoamericanas es mucho mayor que el campo de las divergencias, que, como regla general, son de carácter secundario. Para unos y otros, la ONU representa el eje central del sistema de relaciones internacionales, al igual que un papel universal en el contexto actual. Rusia reconoce el imperativo de la no proliferación de armas de exterminio masivo, también apoya el Acuerdo de París sobre la prevención de peligros climáticos, así como los objetivos de desarrollo sostenible para el 2030 aprobados en la Asamblea General

de la ONU en 2015. Actualmente, a Rusia y Latinoamérica las une el rechazo al proteccionismo vulgar, la provocación de guerras comerciales y la práctica de sanciones basadas en percepciones unilaterales y actitudes agresivas que destruyen el ámbito de competencia civilizada.

En Moscú se agradece a los Estados de la región latinoamericana que mostraron una postura equilibrada y cuidadosa frente a la campaña difamatoria emprendida contra Rusia por el Occidente colectivo, utilizando cualquier pretexto, real o inventado. A mi juicio, la hostilidad contra Rusia en los últimos años se explica por los intentos de restablecer la hegemonía tradicional puesta en duda y por el intento de detener el desarrollo y el fortalecimiento de los centros emergentes alternativos, que desafían la política del dictamen de los centros dominantes tradicionales. Coincido con las conclusiones de colegas mexicanos que comentan los complejos de su vecino del norte. Hoy “la supremacía estadounidense se asemeja a un queso gruyere, una estructura sólida, pero con muchos huecos”.⁷

La opinión pública rusa percibe los motivos y métodos utilizados en la campaña mediática contra Rusia como una vulgar forma de tergiversar la realidad para desacreditar al “competidor” a cualquier costo. Así, en el caso de Crimea, se oculta el hecho de que, en el marco de la URSS, el regreso de la península por parte de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia a la República Socialista Soviética de Ucrania fue un traslado voluntarista, puramente administrativo y anticonstitucional en 1954, emprendido por el secretario general del Partido Comunista de la URSS Nikita Krushev. Eso pasó después de una pertenencia secular e incuestionable bajo la jurisdicción rusa. Los oponentes de Rusia ignoran la voluntad unánime de los crimeos expresada en el referendo de 2014 (que sobrepasó el 96%), gracias al cual llevaron a cabo su derecho a la autodeterminación, una vía en el marco de la cual nacieron y se consolidaron muchos Estados del mundo contemporáneo. El Occidente colectivo también apeló al derecho de autodeterminación en Kosovo, en detrimento de la integridad territorial de Serbia, pero en ausencia,

⁷ José Luis León-Manríquez, David Mena Alemán y José Luis Valdés-Ugalde, “Introducción”, en J. L. León-Manríquez, D. Mena Alemán y J. L. Valdés-Ugalde (coords.), *Estados Unidos y los principales actores de la reconfiguración del orden mundial en el siglo XXI*, México, CISAN-UNAM/Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Iberoamericana, 2015, p. 29.

en ese caso, del voto de aprobación popular expresado por medio de un referendo. No es extraño que la opinión pública predominante en Rusia no entienda por qué se reconocen los resultados plebiscitarios en un caso y no en otros. Un ejemplo es el referendo en las Malvinas, que fue hecho con la población prácticamente sustituida hace mucho tiempo y además en un territorio completamente militarizado.

Por otra parte, la opinión pública rusa es capaz de entender las preocupaciones y los sentimientos de los mexicanos cuando ven la contraposición de dos principios (de integridad y de autodeterminación), después de que Estados Unidos se anexó y expropió más de la mitad del territorio mexicano. En la historia moderna actual, con todo y esa anexión, Estados Unidos se presenta como campeón de la defensa de la integridad territorial, rechazando a su gusto el derecho a la autodeterminación.

De igual forma, en la interpretación mediática, de manera predominante en la comunidad occidental, se esfuerzan por presentar las causas y las consecuencias de los sucesos en Donbas⁸ como producto de la injerencia rusa, y se ignoran por completo los hechos. La confrontación, hasta bélica, fue provocada por la severa opresión de la identidad étnica de los habitantes de esa área poblada mayoritariamente por rusos étnicos y rusoparlantes que se pronunciaron en contra del poder golpista en Kiev y a favor de la autonomía real y eficiente. En respuesta, los golpistas y ultranacionalistas abrieron una ofensiva militar en contra de la población de Donbas, que fue obligada a defender sus derechos legítimos tomando las armas. La solidaridad de los rusos con sus hermanos se expresó de manera clara con el envío de ayuda humanitaria masiva. Además, con la agudización de la confrontación en Donbas, junto con la aparición de voluntarios, mercenarios y consejeros militares extranjeros (de Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Polonia y otros países de la OTAN) en el lado de las fuerzas del régimen golpista de Kiev, comenzó la movilización de defensores voluntarios (rusos, serbios, españoles e italianos) de las repúblicas populares de Lugansk y Donetsk, no reconocidas jurídicamente, que representan el grueso de Donbas. Rusia consideró que no existía la solución militar y demandó la realización puntual y consecutiva de los Acuerdos de Minsk sobre

⁸ La zona histórica de Donbas se compone de las regiones de Donetsk y Lugansk.

la solución política firmada por las autoridades de Francia, Alemania y Rusia, como garantes, y por los mandatarios de Kiev, Donetsk y Lugansk, como partes en el conflicto.

En opinión de Ana Teresa Gutiérrez del Cid:

Más de veinte años de la existencia de Rusia postsoviética mostraron lo ilusorio de la esperanza por parte de Occidente de convertirla en un socio menor de los Estados Unidos y de la UE. Sin fundamentos resultaron también los esfuerzos llevados a cabo por Washington y por los liberales rusos después de la desintegración de la URSS, de que Rusia no volverá a ser uno de los principales actores de la política mundial. Así, la propia tradición geopolítica de esa nación, su sistema de relaciones exteriores, sus características territoriales, militares y culturales de gran potencia, que no pueden ser revisados y cambiados a voluntad, serán un factor presente en la política de Europa en el futuro.⁹

Esta conclusión sobrepasa el marco europeo, que caracteriza a la política exterior rusa en general.

En la actualidad, Rusia carga con el gran peso que supone el riesgo de una renovada Guerra Fría, que tiende a convertirse en una suerte de *hot peace*. Otro condicionante de esta última está relacionado con la filosofía misma de la política externa de la superpotencia norteamericana. Ante todo se trata del complejo de presunta superioridad aplicado acen-tuadamente por la diplomacia de Barack Obama y que fue desenmascarado con anterioridad por el filósofo mexicano Leopoldo Zea.¹⁰ Otro gran vicio y obstáculo para sanar el clima internacional está relacionado con el interés nacional visto como algo absoluto, en detrimento de los intereses comunes de la comunidad internacional. En este contexto está el lema de la administración actual de Washington: “America First”. La contrapo-

⁹ Ana Teresa Gutiérrez del Cid, “La relación Estados Unidos-Rusia”, en J. L. León-Manríquez, D. Mena Alemán y J. L. Valdés-Ugalde (coords.), *op. cit.*, p. 265.

¹⁰ Leopoldo Zea, *El fin de milenio. Emergencia de los marginados*, México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 2000.

sición de este enfoque frente al bien universal de la humanidad (como lo fue la retirada de Estados Unidos del Convenio de París sobre la prevención de los riesgos climáticos) va a tener un enorme costo.

Se puede subrayar, una vez más, que las percepciones predominantes tanto en la cúpula gubernamental como en la sociedad civil rusa coinciden en lo básico en su trato con los países de la región. Latinoamérica se ve como un espacio apartado de los conflictos de alcance mundial, como una región que es capaz de resolver los desacuerdos intrarregionales en “su propia familia”, movilizandolos esfuerzos comunes, incluso ahora en el marco de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac).

La Federación de Rusia por supuesto tenía y tiene prioridades en las relaciones con sus socios latinoamericanos, pero, actualmente, esas prioridades no están ancladas ideológicamente o predeterminadas por identificación política alguna. Sin duda, Rusia está interesada en el entendimiento mutuo, y no se rehúsa a colaborar en el caso de divergencias, siempre y cuando sea posible encontrar áreas de coincidencia de intereses y de beneficio mutuo. La actitud de la diplomacia rusa actual se presenta, en suma, como pragmatismo positivo y solidario. Vale la pena destacar la percepción de la crisis venezolana como ejemplo sintomático de la coincidencia de puntos de vista entre México y Rusia.

En la actualidad, Rusia puede estar satisfecha por la atención prestada, al más alto nivel estatal, al diálogo con los líderes latinoamericanos y caribeños. Durante el periodo 2014-2017, el presidente ruso se reunió, en visitas oficiales, con sus homólogos latinoamericanos en 10 ocasiones. Para Rusia, el año 2018 sobresalió porque la Copa Mundial de la FIFA sirvió de pretexto para la llegada de varios mandatarios, entre ellos, los presidentes de Bolivia y Panamá, y el presidente electo de Paraguay. Más aún, miles de hinchas colombianos, peruanos, mexicanos, argentinos, entre otros, llenaron las calles de Moscú y otras ciudades rusas. A principios de noviembre, Miguel Díaz-Canel, presidente del Consejo de Estado y el Consejo de Ministros de Cuba, hizo una visita oficial a Moscú. El final de 2018 sirvió para otros encuentros de alto nivel gracias a la reunión del G20 en Buenos Aires.

Tras constatar las coincidencias en los enfoques de Rusia y sus socios latinoamericanos en la percepción de la problemática internacional no es posible abstraerse de ciertas diferencias. ¿De qué se trata? Hay que reconocer que varios Estados de la región tienen posturas radicales a favor

de la eliminación total de las armas nucleares. Algunos, por otra parte, se pronuncian a favor de la liberalización de las drogas suaves, y ya se empieza a descriminalizar la marihuana en sus mercados internos. Esta actitud no se comparte en Rusia. Moscú mantiene su lealtad a los valores tradicionales en relaciones de género, en la problemática familiar y no puede compartir las normas excesivamente “avanzadas” en este ámbito, que adquirieron difusión en algunos países de Latinoamérica y el Caribe. Sin embargo, no se trata de asuntos que creen obstáculos y, por consiguiente, dejan un gran espacio de cooperación y colaboración en los asuntos básicos de la palestra internacional.

Cooperación económica: avances y limitaciones

No se puede decir que Latinoamérica está hoy en la primera fila de los mercados más atractivos y más accesibles para Rusia. La geografía actualmente pesa menos como obstáculo al desarrollo de vínculos económicos internacionales, pero todavía impone sus limitaciones y costos. Además, es difícil y posiblemente no sea adecuado hablar sobre la región en todo su conjunto. Puede surgir una combinación de factores geopolíticos, geoeconómicos, históricos y hasta culturales que elevan el significado de cierto país para la vinculación externa de Rusia.

Desde ese punto de vista se destaca Cuba como un socio tradicional e importante en el hemisferio occidental, a pesar de que hoy tiene un intercambio comercial con Rusia relativamente modesto: en 2017 estuvo en el rango de los 400 millones de dólares (MDD) estadounidenses.¹¹ También está Brasil, el país más grande de la región, con una economía diversificada e industria potente, dotado de una amplia gama de recursos naturales. Brasil comercia con Rusia de cinco a seis mil MDD anualmente. Hay otros socios influyentes que anualmente tienen un volumen de intercambio comercial con Rusia de alrededor de mil MDD. En este rubro están actualmente México, Argentina y Ecuador. Cabe destacar que Rusia se ha convertido últimamente en un comprador de primera línea para Paraguay y Uruguay.

¹¹ Véase Nikolaj Kalashnikov (coord.), *Kuba nakanune smeny pokolenij*, Moscú, ILA-ACR, 2017.

Rusia está presente en los mercados latinoamericanos como exportador importante de fertilizantes y otros productos químicos, y de productos de metalurgia ferrosa. También, los helicópteros y aviones de pasajeros son rubros importantes. En Latinoamérica, Rusia se conoce como suministrador de equipo bélico de alta calidad a precios competitivos. También se valoran el equipo energético y los servicios de ingeniería que las empresas rusas pueden prestar a nivel competitivo. El sector de energía nuclear, incluso las tecnologías para generación eléctrica y aplicaciones medicinales, agrícolas y de otra índole, atrae la atención en varios países de la región.

El volumen de intercambio comercial ruso-latinoamericano a lo largo de los dos últimos decenios ha mostrado una trayectoria ascendente, pero con oscilaciones considerables. El nivel máximo se alcanzó en 2013 con casi diecinueve mil MDD, cifra que sobrepasa más de tres veces la del año 2000 (5.5 MMDD). Después de un lapso recesivo,¹² en 2017 se recuperó parcialmente el volumen (14.4 MMDD),¹³ reflejando ciertas posibilidades adicionales que habían aparecido al iniciar la campaña de sanciones contra Rusia por parte de Washington y sus adeptos. Como no hay mal que por bien no venga, las contrasanciones declaradas por Moscú en respuesta a los países que se unieron a las sanciones mencionadas (en su mayoría miembros de la Unión Europea) abrieron espacio en el mercado ruso para la exportación de una serie de productos alimenticios desde Latinoamérica. De esa manera, fomentaron la diversificación del comercio exterior de Rusia y su posicionamiento en la economía mundial en general, mayoritariamente vía su inclinación hacia una mayor colaboración con China y otros socios asiáticos. Latinoamérica y el Caribe se consideran en Rusia como otra reserva de esta diversificación, que puede proporcionar importantes alternativas y perspectivas de enriquecimiento en el marco de la colaboración existente.

¹² Servicio Federal de Aduanas de la Federación de Rusia, “Текущие материалы Таможенной Статистики”, en http://customs.ru/index.php?option=com_content&view=article&id=13858&Itemid=2095 (fecha de consulta: 15 de enero de 2019); International Trade Centre, “Bilateral Trade between Russian Federation and Latin America and The Caribbean”, en <http://www.trademap.org> (fecha de consulta: 2 de octubre de 2018).

¹³ *Idem.*

No se puede decir que hoy en Rusia exista una estrategia de colaboración económica diseñada especialmente para América Latina y el Caribe. Los documentos doctrinarios de esta índole son de carácter general. Sin embargo, en la práctica diplomática existen, por supuesto, ciertas predisposiciones y directrices de orientación que estimulan la colaboración económica con los países de la región. La actividad exportadora y de inversión recibe apoyo del Ministerio de Industria y Comercio de la Federación de Rusia, que actualmente dispone de oficinas de representación comercial en varios países de la región (Argentina, Brasil, Chile, Cuba y Nicaragua). En otros casos, en los marcos de las embajadas rusas, actúan consejeros en asuntos comerciales. La Cámara de Industria y Comercio de la Federación de Rusia desempeña su habitual papel de apoyo en los negocios internacionales, aunque, el Comité Nacional para la Cooperación Económica con los Países de América Latina está directamente especializado en la consultoría y apoyo profesional. Por supuesto, las embajadas rusas en la región prestan, en la medida de sus funciones y posibilidades, apoyo político en el establecimiento de los negocios entre empresas rusas y latinoamericanas.

Los mecanismos de promoción estratégica relacionados con las comisiones intergubernamentales bilaterales comenzaron a funcionar con regularidad. Son 11 comisiones, que incluyen a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México, Nicaragua, Perú, Uruguay y Venezuela; en los casos de Brasil y Venezuela, existen estructuras bilaterales al más alto nivel, encabezadas por los dirigentes que ocupan un segundo puesto en los escalones de la jerarquía estatal.

Los críticos rusos de la política de Moscú en el ámbito de la vinculación económica externa subrayan ciertas debilidades y cuellos de botella. Por lo anterior, el mecanismo de apoyo a la exportación debe ser fortalecido y modernizado en aspectos como el financiamiento, los seguros, la logística, los servicios de comercialización, y debe establecer garantías jurídicas en los convenios intergubernamentales. Todo eso requiere un gran esfuerzo adicional, que debe tener en cuenta, especialmente, la inevitable estrechez aparecida con la ofensiva de sanciones. Es verdad que los países latinoamericanos y caribeños se abstienen de aceptar las sanciones antirrusas, pero los pueden afectar las sanciones secundarias. Por eso, en Moscú están conscientes de que en su política económica

externa se requiere mayor flexibilidad; por ejemplo, usar, en la medida de lo posible, las monedas nacionales en las transacciones bilaterales y el empleo más amplio de esquemas de asociación de alcance profundo. Está claro que la estabilización del intercambio comercial precisa la articularización de intereses a largo plazo, basados en una cooperación real.

Hasta hoy, todavía se nota cierta inercia en la composición de intercambio de bienes, tanto en la exportación como en las importaciones. Ambas partes del comercio ruso-latinoamericano tienen ya mucho que proponer en lo que se refiere al segmento de la complejidad tecnológica mediana y en varios rubros de alto nivel. Falta sistema y creatividad en los esfuerzos de promoción.

Rusia está presente en los mercados latinoamericanos como productor de equipo para aviación civil; suministra maquinaria y *know how* en generación energética, incluso nuclear, así como en transporte ferroviario. A su vez, las empresas latinoamericanas son capaces de suministrar una serie de productos tecnológicamente sofisticados. Entre ellos, destacan el equipo de aplicación agrícola, la amplia gama de medicamentos que se producen basándose en los recursos de biodiversidad y el amplio abanico de productos alimenticios, con alto valor nutritivo, que no se cultivan en las zonas de clima templado. Se sabe que varios países de la región han comenzado a producir equipo tanto con la tecnología importada como la de diseño propio.¹⁴

En otras palabras, la realidad de la interacción económica comentada arriba es una muestra de ciertos resultados importantes y premisas convincentes para adquirir oportunidades que deben ser utilizadas pragmáticamente, pero con visión de corte estratégico y ambición a largo plazo.

Orientación doctrinaria de la política exterior rusa

¿Cómo se califica la orientación de la política exterior de Rusia en los planteamientos oficiales de Moscú? Con base en el documento *Concepto*

¹⁴ Véase Ludmila N. Simonova (ed.), *Vozmozhnosti i predely innovacionnogo razvitiya Latinskoj Ameriki*, Moscú, ILA-ACR, 2017.

de la política exterior de la Federación de Rusia, aprobado en 2016 y firmado por el presidente Putin, se subraya que para asegurar los intereses nacionales y realizar las prioridades estratégicas de la Federación, su política exterior tiene que cumplir las siguientes tareas principales. Debe, ante todo, garantizar la seguridad, la soberanía y la integridad territorial del país, la consolidación del Estado de derecho y de las instituciones democráticas. Para eso, es indispensable crear condiciones externas favorables con vistas al crecimiento sostenible y al aumento de la competitividad de la economía rusa; renovar la tecnología, y elevar el nivel y la calidad de vida de la población. A su vez, figura la tarea de consolidar las posiciones de Rusia como uno de los centros de influencia en el mundo moderno; consolidar las posiciones de Rusia en un sistema mundial de interrelaciones económicas, y prevenir la discriminación de mercancías, servicios e inversiones rusas. Se plantea utilizar para estos fines las capacidades de las organizaciones económicas y financieras internacionales y regionales.

Rusia está dispuesta a seguir promoviendo la línea orientada a fortalecer la paz internacional y garantizar la seguridad y estabilidad universales, con el objetivo de consolidar un sistema democrático internacional justo, sentado sobre las bases colectivas en lo que se refiere a la solución de problemas internacionales, manteniendo la supremacía del derecho internacional. También en el documento se destaca que su política exterior está orientada a cumplir las siguientes tareas principales: proteger de manera exhaustiva y eficaz los derechos e intereses legítimos de los ciudadanos rusos residentes dentro del país y en el extranjero; fortalecer el papel de Rusia en el espacio humanitario mundial; difundir la lengua rusa, y apoyar sus posiciones en el mundo, dando a conocer los logros de la cultura rusa, su patrimonio histórico y la idiosincrasia cultural de sus pueblos. Por otra parte, llama a fomentar el desarrollo del diálogo constructivo y la cooperación internacional para fortalecer el consentimiento y el enriquecimiento mutuo de las diferentes culturas y civilizaciones. Con base en estos enfoques y lineamientos, el documento postula que:

Rusia continuará estrechando las relaciones con los países de América Latina y el Caribe por todos los medios posibles, dada la creciente importancia de esta región en los asuntos internacionales.

Rusia buscará consolidar los vínculos con los socios latinoamericanos en el marco de foros internacionales y regionales, [y] ampliar la cooperación con alianzas multilaterales y asociaciones integracionistas de América Latina y el Caribe.¹⁵

Esto significa que la dirección política y la diplomacia de Rusia reconocen el peso creciente de los países de la región latinoamericana y caribeña en el contexto internacional actual, y consideran que la colaboración con los Estados de esta región debe ser percibida no sólo como aporte al avance económico y tecnológico de las partes cooperantes, y a la posibilidad de complementar recursos financieros, técnicos y profesionales de las partes, sino como medio eficiente para asegurar un efecto estabilizador que mejore el clima de interacción en los marcos de la comunidad internacional.

Sin duda, el vector latinoamericano, en el marco actual del posicionamiento internacional de Rusia, tiene un papel respetado y la oportunidad de ocupar un lugar más destacado en la agenda futura de Moscú a mediano y largo plazos. En el contexto actual y venidero, lleno de turbulencias e incertidumbre, los socios de Rusia en Latinoamérica y el Caribe aprecian el espacio, los nichos que encuentran en un mercado con perspectiva ascendiente. Hay opciones alternativas que aumentan el margen de maniobra, incluso el acceso a las tecnologías y el *know how* que en otros casos pueden permanecer bajo reserva en el dominio de fuentes habituales. Todo esto resulta vital para favorecer el clima de entendimiento en la construcción del orden internacional multipolar y democrático.

¹⁵ *Concepto de la política exterior de la Federación de Rusia*, en Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, en http://www.mid.ru/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/2542248 (fecha de consulta: 1 de noviembre de 2018).